Núm. 3.

LA CALUMNIA,

Ó SEA:

LA MADRE INCOGNITA.

DRAMA EN QUATRO ACTOS,

POR *F. A. y G.*

Representada por primera vez en el teatro de Barcelona, el dia 17 de Julio de 1815.

ACTORES.

Alberto, *Marques de Erneville.*
Paulina, *su Esposa.*
La Condesa de Rosmond.
El Caballero San-Merán.
Leocadia, *muchacha de trece años.*
Mauricio, *jóven de diez y siete años.*
Mr. D'Orgeval.
El Caballero Celtás.
Le-Mere } *Criados antiguos del*
La-France } *Marques.*

La Escena es fixa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Representa el teatro un salon con quatro puertas laterales, y una en el foro; buenas sillas, mesa con escribanía, libros sobre ella, y á la derecha una ventana por la que pueda asomarse una persona.

LA-FRANCE Y EL CABALLERO SAN-MERÁN.

Aquel con librea y este con botas y vestido de viage.

La-France. Seguidme, pero sin ruido; con estas malditas botas no se puede hacer ninguna expedicion secreta.

Cab. Y bien, que nos oygan, ¿que importa? Ya estoy enteramente determinado á hablar al Señor Marques.

La-France algo turbado. ¡Al Se-

ñor Marques! ¡Pues que! ¿Intentariais acaso descubrir... Por Dios, Señor, vos sabeis que os he servido bien; no hagais que pierda mi reputacion, presentándome desleal y delinqüente.

Cab. La-France, agradezco tus buenos servicios y sabré recompensarlos como debo; solo exîgo de tí silencio y discrecion, advirtiéndote que con esto harás un señalado servicio á tus amos y á mi.

La-Fr. No creo que podais quejaros de mi conducta en todo el tiempo que merezco vuestra confianza.... Señor, mi corazon está oprimido; no soy capaz de desconfiar de vos; pero la reunion de mis queridos amos tarda tanto á verificarse... ¡Hay tanto tiempo que los veo padecer sin que reciban el mas ligero alivio!...

Cab. Llegará, no lo dudes, llegará este deseado tiempo en que la calumnia perderá su despótico imperio y quedará ajada y abatida á los pies de la verdad. Yo no me separaré del castillo sin que haya restablecido en él la felicidad de todos sus individuos.- ¿Quien es este que se adelanta?

La-Fr. Mauricio, el hijo mayor del Marques de Erneville. Este ha quedado siempre al lado de su padre, desde que por la cruel separacion, la Baronesa de Vordac se domicilió en Erneville y la Marquesa pasó á habitar con ella.

Cab. Introdúceme y disimula.

ESCENA II.

Dichos, y Mauricio de una de las puertas de la izquierda.

La-Fr. Señorito, este caballero estaba pidiendo solícito por el señor Marques, y no he tenido reparo en introducirle hasta aqui.

Cab. ¿Sois hermano del señor Marques? (*Quitándose el sombrero, y disimulando.*)

Maur. Hijo suyo, para serviros.

Cab. ¡Hijo suyo! Abrazadme y reconoced en mi al Caballero San-Merán que en este mismo instante acaba de llegar de Paris.

Maur. Celebro mucho conocer al mas apreciado amigo de mi padre; pero, ¡Ah Señor mio! En que fatal situacion lo encontrareis ahora!

Cab. Pues que! ¿No goza de perfecta salud?

Maur. Se halla oprimido de una terrible melancolía que nos hace formar muy tristes congeturas. En vano Mr. D'Orgeval y el Caballero Celtás procuran distraerle por medio de mil diversiones, pero ya ni la música ni la caza tienen para él atractivo alguno: retirado en su aposento, desconfiando de todo el mundo, las lágrimas son su alimento, y la lectura su preferida distraccion.

Cab. Con bastante sentimiento supe desde la isla de Sto. Domingo, que vuestro padre habia llegado al horrible extremo de separarse de su querida Paulina; de aquella hermosa y apreciable muger que

parecia haber sido formada para la felicidad de Erneville, pero conociendo el perfecto amor que la profesaba, no dudé que algun exêcrable delito habria dado causa á tan escandalosa publicidad.

Maur. ¡Ah San-Merán! Si vos conoceis á fondo, como presumo, el corazon de mi querida madre; ¿como podeis sospechar que haya albergado un solo instante ideas indignas del decoro de su esposo, y contrarias á las máxîmas del amor conyugal que ha sido siempre su primera virtud? pero dexemos ahora este discurso que de nada aprovecharia. ¿Quereis descansar un rato? La-France, trae para el señor un vasito de vino, el calor es excesivo, y se hallará debilitado por la fatiga del viage.

Caballero á La-France. Nó, no os incomodeis amigo mio,- aprecio vuestra atencion. (*Á Mauricio.*)

La-France ap. ¡Que fino y disimulado! Cada dia voy entrando en nueva confusion.

(*Vase por la puerta del foro.*)

Cab. Creed, querido mio, que no perdonaré medio para restablecer en el corazon de D'Erneville aquella alegria y jovialidad que le hacian amable en las mas brillantes sociedades.

Maur. Sino me engaño; él se adelanta como acostumbra todas las mañanas á tomar el ayre de la montaña en este salon el mas despejado del castillo. Bien su tristeza se conoce en su semblante.- Disimulad.-

Cab. ¡Pobre amigo mio! ¡Quanto le compadezco!

ESCENA III.

El Marques sale cabizbaxo, con los brazos cruzados ó como mejor parezca, y va á sentarse junto á la mesa; suspira, abre un libro que se encuentra allá y le cierra inmediatamente. Durante la escena muda, el Caballero se habrá retirado mas al fondo para contemplarle.

Marques, levantando por fin los ojos. Ah! ¡tu eres Mauricio!

Maurico, tomándole la mano con interes. Sí, padre mio, mandad.

Marq. ¿Han salido Celtás y D'Orgeval?

Maur. Dos horas hace que estan cazando por el monte.

Marq. ¡Quanto me alegro!

Maur. ¡Que! ¿Os disgusta acaso su compañíía!

Marques con amargura. No me disgusta; no, todos me favorecen demasiado; pero su amistad no es verdadera.

Maur. ¡Ah Señor! Tal vez vuestra desconfianza carece de fundamento.

Marques con alguna fuerza. Tienes razon, merezco ser aborrecido de todo el mundo. (*Repara ahora en el Caballero y hace algunos pasos como queriendo huir, diciendo á tiempo la exclamacion*) ¡Ó Dios!

Caballero corriendo á él. Detente, la amistad te lo manda.

Marques echándose en sus brazos. ¡Ay amigo! (*un rato de silencio.*)

Cab. ¡Y que! ¿Seré tambien para ti obgeto de menosprecio? ¿Quando acabo de llegar de un viage de mas de tres dias, solo para tener el gusto de abrazarte, tu me huyes; te importuna mi presencia?

Marq. (*con el mayor dolor.*) Perdona.. compadéceme; - soy desgraciado.. La fortuna me persigue por todas partes (*Volviendo en sí.*) Solo en esta ocasion me ha sido favorable pues me ha conducido el amigo mas amado de mi corazon. (*Vuelve á abrazarle y prosigue llorando.*) Ya lo ves.. he tenido que separarme de ella.

Caball (*con nobleza.*) ¿Y porque presumes que una muger te ha engañado, debes ya imaginar que no exîste la virtud sobre la tierra? ¿Porque se apagáron en tí los afectos del amor, debes tambien extinguir los de la amistad? Ah! no me lo esperaba de ti.

Marq. Repito que me perdones.. tu amistad no puede dexar de serme grata; pero un terrible recuerdo; una espantosa idea (*cogiéndole la mano con la mayor expresion, y con una voz algo baxa que no pueda ser oida de Mauricio.*) San Merán, soy el mas vil, el mas despreciable de los hombres... horrorízate... por delinqüente que sea la Marquesa de Erneville, no puede serlo tanto como yo... Fui un asesino, un seductor, un perverso.. ¿Y aun tengo la osadia de quexarme?... *Va á sentarse abatido al lado de la mesa.*

Mauricio habiendo conocido que se recatan de él. dice ap. Mi presencia tal vez será importuna. (*Alto al Marques.*) ¿Me permitis que vaya á dar las órdenes correspondientes para complacer á tan apreciado huesped? Este quarto que dá sobre el rio me parece el mas á proposito.. ¿Que tal?. Sí; voy á disponerlo. ¡El pobre La-France es tan viejo ya! Entre él y yo lo arreglaremos todo.. Á Dios padre mio. (*Le besa la mano y parte corriendo por el foro.*)

ESCENA IV.

Luego que el Marques no oye hablar á Mauricio, levanta la cabeza para ver si ha salido, mete el pañuelo en la faltriquera, toma una silla; la presenta á San Merán, le dice.

Marq. Siéntate.

San Merán obedece, luego el Marques va á cerrar la puerta del foro, vuelve, toma otra silla, siéntase al lado de San Merán, le toma la mano y le dice con fuerza y prontitud.

Marq. ¿Nada has sabido de mi delito?

Caballero fingiéndose admirado. ¡Que delito! Tu me sorprehendes.

Marq. ¿Quanto tiempo hace que has vuelto de tu viage?

Cab. Quatro meses cumplidos.

Marq. ¡Quatro meses! ¡Con que tan oculto permanece!- ¿Y en Paris que se dice de Paulina?

Cab. Hay quien la pinta con los mas negros colores: pero generalmente la creen inocente.

Marq. (*con mucha fuerza.*) ¡Inocente!. Si asi fuera, yo moriria de desesperacion.. ¿Y á mi como me tratan? (*Siempre con ansia.*)

Cab. De furioso y desconfiado los que defienden á Paulina, pero de indulgente y compasivo los que la acusan.

Marq. ¿Y tu que dices?

Cab. Yo la defiendo.

Marq. (*acercando la silla.*) ¿Tu la defiendes?.. Porqué motivo?.. Dime lo que sabes, no me ocultes cosa alguna.

Cab. Yo... nada..

Marq. (*con voz terrible.*) Dime lo que sabes.. mira que estás en mi poder. (*Volviendo en sí.*) Perdona, yo deliro. (*Saca otra vez el pañuelo y se enxuga las lágrimas.*) (*Prosigue con amor y dulzura.*) ¿Sabes el motivo de nuestra separacion?

Cab. Se cuenta con tanta variedad.

Marq. Sí... yo te conozco... eres mi amigo.. ¿Tendrás valor para oirlo de mi boca? me prometes callar?

Cab. Me ofendes.

Marq. Pues te horrizarás.. estoy cierto que te horrorizarás. Escucha.. (*Despues de una pausa.*) Tu conocias la Marquesa de Erneville; tu celebrabas su virtud, tu envidiabas mi felicidad, su prudencia y su talento eran singulares, parecia que la naturaleza no podia haber reunido con tanta hermosura, tanta gracia y sensibilidad. Una muger de esta clase tan fina, tan delicada, no dudó atropellar las leyes del honor, convirtiendo la pura felicidad de su esposo en la mas áspera melancolia. Ya sabes que para defender mis intereses, tuve que permanecer un año en Paris: durante mi ausencia las cartas de Paulina estaban llenas de sensibilidad y ternura; pero tan falsas y aleves como su corazon. El Duque de Rosmond tan célebre por su elegante figura como por su libertinage, fué el objeto por quien atropelló su reputacion y la mia. Este hombre temerario pasó dos meses en una cabaña del vecino bosque, para trazar y combinar con Paulina una aventura que pudiese introducirle en el castillo, franqueándole las ocasiones que con ansia solicitaban. En efecto, ella misma no tuvo reparo en escribirme, que el Duque de Rosmond pasando por estos alrededores, cayó desgraciadamente de su caballo; y que habiendo pedido socorro, la humanidad la obligaba á franqueárselo... Ocho dias, ocho dias de la mas infame correspondencia decidieron de mi felicidad.. Sí; pronto la Marquesa no pudo encubrir el fruto de sus torpes demasias; ya no gustaba de montar á caballo, y perdia insensiblemente la salud. Acércase por fin el momento terrible para ella en que debia comparecer delinqüente á la vista de los hombres; entonces me escribe una carta la mas amorosa que he recibido de su mano, llora los males de la ausencia, me manifiesta deseos de ver á Paris,

y concluye pidiéndome el permiso de venir á encontrarme. Yo ignorante de su pérfida intencion, se lo otorgo todo, le indico mi morada en el arrabal de San German, y me preparo con júbilo á recibirla.... Ella..., sí, salió efectivamente, pero en vez de dirigirse á mi posada, se encamina á la fonda de la Estrella. Todo esto es cierto, todo está probado exâctamente.. Ansioso entonces de su destino, paso ocho dias entregado á la mas viva inquietud, hasta que enteramente determinado monto á caballo y me dirijo á Erneville... Aqui se despedaza mi corazon al enterarse de tan funestas noticias: furioso, desesperado determino aguardarla para echarla en rostro su depravada conducta; pero juzga de mi sorpresa al verla venir al cabo de cinco dias con una recien-nacida. Este espectáculo corrió enteramente el velo á su iniquidad, y á su vista hubiera completado mi venganza.... pero un cruel secreto, un infame delito de que era responsable yo mismo á la Marquesa detuvieron el golpe, y me presentaron mi desgracia como digno castigo de la barbarie que yo habia cometido.

Cab. ap. ¡O Dios mio! ¡Puede verse mas calumniada la inocencia, y pueden las apariencias reunirse mas contra ella! (*Al Marques*) Pero ¿Que disculpa pudo dar entonces la Marquesa?

Marq. ¿Que disculpa? La mas ridícula, la mas extravagante. Quiso hacerme creer que ántes de entrar á Paris, un criado mio, (que efectivamente desapareció) la dixo que yo habia salido por ocho dias, que me esperase en la fonda de la Estrella; que allí una noche sin saber como, se encontró dentro de un armario una niña con un papel de su incógnita madre, suplicándola que cuydase de su exîstencia.. En fin, puerilidades. Cada palabra suya era un agudo puñal que traspasaba mi corazon, y en su semblante se veian pintadas la turbacion y el delito.- Dime ahora la verdad... ¿Soy desconfiado?.. ¿Soy injusto? ¿La defiendes todavia?. Ah! tu amistad no puede ménos de hacerme justicia; pero lo repito: (*con el mayor sentimiento.*) mi desgracia no es casual; el mismo cielo la ha dispuesto para aterrarme, para confundirme... los remordimientos me destrozan el corazon y acabarán con mi exîstencia... En Paris.... En Paris.., allí dexé de ser virtuoso.. allí me olvidé de mis deberes.. de la virtud... de la religion... no puedo mas... las lágrimas me ahogan las palabras... ¿Este retrato le conoces? (*Sacándole con prontitud.*)

Caballero disimulando. ¡Camila Dercy! Que es esto!

Marques con expresion. Ella está en el sepulcro, y yo la seguiré dentro de poco.

(*Se oye un tiro dentro del teatro.*)

Cab. Hola! ¿Que es esto?

Marq. D'Orgeval y el Caballero que

vendrán seguramente de la caza; siempre acostumbran descargar las escopetas, ántes de entrar en el castillo. Á Dios amigo mio, no quiero encontrarme con estos atolondrados, despues, despues nos veremos.

(*Vasé por la izquierda despues de haber abierto la puerta del foro.*)

ESCENA V.

San-Merán solo.

Cab. ¡Quanto compadezco su situacion! pero, ¡ Quan delicado es al mismo tiempo el papel que represento! Yo puedo en un instante desvanecer las penas de estos infelices esposos, pero es preciso aprovechar la ocasion favorable.

ESCENA VI.

Salen por el foro D'Orgeval, y Celtás de cazadores con escopeta y zurron. La-France los sigue.

Celtás corriendo al Caballero. Hola, San-Merán amigo. ¡ Quanto siento que no hayais llegado un par de dias ántes! Sin duda os hubierais divertido en extremo. Por fin, pudimos conseguir matar el lobo rabioso que habia atemorizado todas estas campiñas. Ó! Las diversiones del campo no son tan brillantes como las de Paris, pero son mas alegres, mas meritorias.. Á propósito ¿Que tál se trata á la incomparable Paulina? ¿ No han llegado, por fin, á convencerse de que su caridad y beneficencia eran una verdadera hipocresía? - La-France toma la escopeta y el zurron, hoy se ha hecho muy mala caza, pero paciencia, no siempre se matan lobos rabiosos.

(*Vase La-France por la izquierda.*)

Cab. Me admira que trateis tan mal á la señora Marquesa, estando en la casa de su marido.

Celtás riendo. ¡ Con que tambien sois su panegirista! Bravo. - Querido D'Orgeval, (*con misterio*) si el Caballero supiese lo que nosotros, defenderia á la Marquesa, eh?

D'Org. Yo solo puedo decir que las mugeres no son capaces de cosa buena, una tengo por mi desgracia, y seré el hombre mas feliz el que el diablo se la lleve.

Celtás al Caballero. ¿Y la Leocadia? ¿Que tal? ¿No la habeis visto todavia?

Cab. Solo hace media hora que he llegado á Ernéville.

Celt. Supongo que sabreis que habita con la Marquesa en casa de la Vordac. ¡O amigo! La Leocadia es cosa buena, un bocadito excelente, (*con toda malicia*) pero si vieseis que parecida al Duque de Rosmond.. vaya, es cosa particular. (*Riendo*) Pero á bien que....

Caballero con enojo. ¡Insolente! Dexad este discurso, ó vive Dios....

Celt. ¡ Insolente á mi! ¿ Sabeis que me llamo Celtás, y que soy tan caballero como vos? Hola, hola, mucho empeño tomais por la Marquesa. (*aparte á D'Orgeval*) D'Or-

geval, apuesto á que viene comisionado del Duque de Rosmond para alguna nueva tentativa.

D'Orgev. (*acercándosele con mucha flema.*) San-Merán os advierto que aqui peligra mucho el que no dice mal de las mugeres, pues desde que la mas virtuosa se empeñó en adoptar una Leocadia, el Marques es su enemigo irreconciliable, con que si vos os empeñais en alabarlas, no saldréis con la vuestra, porque el Marques las maldice y nosotros renegamos de ellas.

Caball. (*con mucha serenidad.*) Yo solo he venido aqui para consolar á mi amigo, y extraño que permita en su alrededor sugetos de tan conocida malicia.

(*Vase por el foro.*)

Celtás riendo. Ah, ah, ah, malicia! No es malo el terminillo, pero D'Orgeval ahora que me acuerdo ¿Sabes que hemos sido verdaderamente insultados;

D'Org. ¡Insultados! ¿Porque? Porque nos ha llamado insolentes y maliciosos? Ya, ya vendrá el tiempo en que el mismo confesará la verdad.

Celt. ¿La verdad? Sobre que?

D'Org. Sobre que al mas aficionado á las mugeres, tarde ó temprano le toca tambien su desengaño.

Celt. ¿Tan malas son?

D'Org. Como la peste que acaba con quanto se le acerca.

(*Marcha por la izquierda.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Celtás y D'Orgeval, con casaca y sombrero.

Celt. (*asomándose á la ventana.*) Gran novedad amigo mio, ven y verás lo que te sorprenderá.

D'Org. (*asomándose tambien.*) Que! ¿Que hay de nuevo?

Celt. Mira quien ha salido ahora del coche y quien se adelanta al castillo.

D'Org. Que veo ¿No es Paulina?

Celt. La misma. ¿Que tal, eh? ¿Si San-Merán querrá ser su reconciliador? El demuestra mucho afecto á Paulina.. yo he pensado... ¿Quien sabe? Su viage... pero, que! No señor, la semejanza de Leocadia con el Duque de Rosmond lo desvanece todo.

D'Org. ¿Y ahora que papel desempeñarémos delante de Paulina? San-Merán la habrá prevenido contra nosotros. En quanto á mi lo siento porque siendo su pariente....

Celt. ¿Y presumes acaso que el Marques querrá escucharla? Yo apuesto á que se vuelve sin haber logrado su designio.. Bueno fuera que quatro lágrimas fingidas le moviesen á compasion.

D'Org. Dices bien, bastante motivo tiene para despreciar todo artificio mugeril; pero aqui llegan, yo me escurro por lo que puede suceder.

(*Marcha por la izquierda.*)

Celt. Espera D'Orgeval, espera.

(*Corre tras él.*)

ESCENA II.

Salen por el foro, San-Merán de militar, Paulina, Mauricio y Leocadia.

Maur. ¡Ah madre mia! Què satisfaccion experimento al veros aqui!

Paul. Y yo, hijo mio, y yo.. pero conviene ahora que nos dexeis solos con el Caballero.

Cab. Este es mi aposento. (*Señalándoles el segundo de la derecha.*) Entrad en él con Leocadia, y esperad allí nuestras órdenes.

(*Mauricio y Leocadia entran.*)

Cab. ¿Que tal querida Marquesita, no hemos llegado bien pronto? .. pero ¡Que es esto! ¿Vos llorais?

Paul. La presencia de estos amados obgetos que me recuerdan los deliciosos dias en que merecia la confianza y el amor de mi esposo no puede ménos de afligir mi corazon: trece años hace que la calumnia se desplomó sobre mí, y otros tantos que la tristeza se apoderó de mi alma. Separada del hombre que mas amo en el mundo, aborrecida, reputada por infiel, no tengo mas recurso que la soledad y el llanto. Aqui en este mismo salon me conduxeron herido y ensangrentado á ese Duque de Rosmond primer orígen de todas mis desventuras. ¡Ah! Si en aquel fatal instante hubiese desconocido la compasion y la humanidad, si mi corazon no hubiese sido tan sensible, yo disfrutaría todavia del aprecio universal. Le dí acogida, procuré que se le tratára conforme á su clase, y este acto tan justo é inocente bastó paraque se dudára de mi honor que siempre (sí, lo juro delante de cielo y de los hombres) se ha conservado ileso y sin mancha.

Cab. Dexémonos ahora de tristes memorias, y procurémos solamente buscar medios los mas seguros que puedan contribuir á vuestra dicha. Yo os he acompañado aqui con la esperanza de que podreis hablar á vuestro esposo, para consultarle un enlace que por sí solo puede desvanecer sus sospechas.

Paul. ¡Ah San-Merán! Vos acabais de proponerme una idea que muchas veces he querido poner en execucion, pero la dificultad de presentarme al Marques; la corta edad de los muchachos....

Cab. ¿Que edad tiene Mauricio?

Paul. Diez y siete años cumplidos.

Cab. ¿Y Leocadia?

Paul. Cerca de los trece.

Cab. ¿Y bien que importa? Si el Marques nos da su consentimiento, se efectua el matrimonio, se embia despues á Mauricio á viajar dos ó tres años, y entretanto vuestra opinion queda restablecida. La calumnia publica que Leocadia es hija vuestra, nadie ignora que sois madre de Mauricio ¿Quien será capaz de creer que autorizeis la union de dos hermanos? --Entrad tambien en mi aposento que yo me encargo de que vuestro esposo os oyga.

Paul. ¡Ah San-Merán! Quanto tengo que agradeceros!

(*Entra Paulina en el aposento: San Merán la acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA III.

Caballero solo.

Cab. Le hablará, sí, le hablará: Poco hace me ha dicho en el ardor de su entusiasmo " Si ella está inocente, yo moriria de desesperacion " Luego no está bien convencido de su delito. Que le le hable; Que escuche la proposicion de la misma boca de su Esposa; y si lo rehusa, si se obstina en no escucharla, yo me encargaré de la comision y feliz mil veces si restablezco la paz en el seno de esta famila. La-France.

ESCENA IV.

Dicho y La-France.

La-Fr. ¿Señor habeis llamado?
Cab. Si La-France; ¿donde se halla ahora tu amo?
La-Fr. Retirado como suele en su aposento.
Cab. Ve y dile de mi parte que me interesa mucho hablarle ahora mismo.
(*La-France hace algunos pasos.*) Aguarda-- ¿Celtás y D'Orgeval están en el Castillo?
La-Fr. Luego que habeis entrado con la señora Marquesa por la puerta principal, ellos han salido por la del jardin.
Cab. Tanto mejor; executa lo mandado.
(*Marcha La-France por la izquierda.*)
(*Con bastante pausa*)
Escribamos entre tanto para cumplir mis encargos con toda exâctitud.
(*Acércase á la mesa y va él mismo dictando y escribiendo*)
" Creo que esta noche -- podréis
" satisfacer vuestros deseos... ha-
" llaos á las diez en punto á
" la entrada del bosquecillo, que
" yo ó La-France os introduci-
" remos aqui.

ESCENA V.

(*Vuelve La-France; y el cierra la carta.*)

Cab. Y bien ¿Que te ha dicho?
La-Fr. Que viene al instante.
Caballero con misterio. Toma ahora este papel y cuyda que llegue á su destino. ¿entiendes?
La-Fr. Ya, ya; no faltaré á la comision. (*marcha por el foro.*)
Cab. Este buen hombre me sirve con tanto zelo y eficacia... pero el Marques.

ESCENA VI.

Dicho y el Marques.

(*Saldrá algo mas alentado, pero siempre triste y discursivo.*)

Marq. Querido amigo, vengo á ponerme á tus órdenes. La-France

me ha dicho que me buscabas.

Cab. En efecto; solo quiero saber de ti si aquella amistad de que me has dado tantas pruebas podrá en ningun tiempo disolverse. Una persona que merece mi estimacion tiene que confiarte un asunto de importancia; solo exîjo de tí que la escuches sin preocuparte, y que reflexîones lo que te proponga.

Marq. Ya sabes que nunca he sabido negarte cosa alguna. Yo te prometo favorecer á este sugeto, en quanto esté de mi parte, como no me hable de Paulina, ni del Duque de Rosmond.

Cab. ¿De Paulina? Pues que! ¿Tanto la aborreces?

Marques (consternado.) No, no la aborrezco; te juro que no la aborrezco, pero su delito....

Cab. ¿Que delito? Si tu ó ella habeis cometido alguno, bastante ha quedado expiado por el arrepentimiento. En fin, tu has de prometerme escucharle, aun quando te hable de Paulina.

Marques (con mucho enojo.) ¿Y quien es el temerario que con tanto ahinco quiere llenar mi pecho de nuevas inquietudes? Mi melancolia me ha conducido á la orilla del sepulcro, y todavía quieren aumentarla? ¿Quieren que aborrezca los mismos lazos de la amistad? Dime quien es, y me aparto de él, y quizá de ti para siempre.

Caballero (resentido.) ¿Y de mi? ¿Tu quieres apartarte de mi? Vete, vete, pues, hombre débil y preocupado! Quando me desvelo por tu felicidad, quando procuro terminar tus males, tu me insultas y aborreces mi presencia? (*Resuelto*) Marques, mañana por la mañana me vuelvo á Paris, perdona del breve instante que he venido á incomodarte, y sabe que San-Merán ya murió para ti. (*Hace algunos pasos.*)

(*Marques corriendo á él con voz ahogada*) Aguarda querido amigo, aguarda.. compadece mi situacion.. Yo no sé lo que quiero, ni adonde me hallo.. Conozco mi delirio... ¿Que es lo que pretendes?... habla.

Caballero. (*Con firmeza.*) ¿Que es lo que pretendo?.. Un sacrificio costoso para ti, pero un sacrificio que te pide la amistad y que debes á tu propio honor. Sí; ya debo decirte la verdad. El sugeto que desea hablarte, y por quien tanto me intereso, es.....

Marques. (*Con ansia.*) ¿Quien?

Cab. Tu misma esposa Paulina.

Marq. ¡Ó Dios! ¿Que es lo que dices?

Cab. Yo se lo he prometido, ó permite que te hable, ó declarate abiertamente mi enemigo.

Marq. ¡Ah San Merán! ¿Conoces lo que me has pedido? ¿Como tendré yo valor de escuchar sus quexas? ¿Como le dirigiré las mias?.. No; es imposible - Siete años hace que su respetable Madre quiso hacer la misma tentativa, pero quando la dulzura de

su voz, quando la fuerza de sus expresiones, inclinaban mi pecho á perdonarla, la imagen del Duque de Rosmond se presentaba á mi memoria, y solo veia en ella una muger indigna de estar á mi lado. Por otra parte la dificultad de venir ocultamente á mi castillo.....

Cab. Esta dificultad queda vencida: la Marquesa se halla aquí, y está aguardando tus órdenes.

Marq. ¡La Marquesa aqui! ¡Ó Dios!.. San-Merán, tu no me aprecias, pues me preparas un golpe que seguramente no podré resistir; pero en fin, ¿tu me lo ruegas?

Cab. Si amigo, con toda el alma.

Marq. Venga pues; yo consagraré á tu amistad estas amargas lágrimas que me arranca su memoria y que aumentará su presencia, pero no me obligues con otra sorpresa á que desprecie á los hombres abandonando, para siempre, su importuna compañia.

(*Va á sentarse penetrado del mas profundo dolor. San-Merán se dirige al aposento y sale dando la mano á Paulina á quien dice.*)

Salid; aqui está, valeos de toda la razon que os acompaña para hacerle consentir, y acordaos que en esto consiste vuestra felicidad.

(*Entra en el gabinete.*)

ESCENA VII.

(*Un rato de silencio.*)

Paulina, y el Marques.

Paulina acercándose pausadamente. ¡Ó Dios!.. ¡Que frio sudor se apodera de mi! Quasi no puedo dar un paso adelante ni atras. (*Marques levantando la cabeza, dice con voz ahogada y con toda la fuerza del sentimiento.*) Paulina... ¿eres tu?

Paul. (*Cobrando aliento.*) Sí, yo soy la que postrada á tus plantas, te suplica que te dignes escucharme siquiera por la última vez.

Marq. Levanta, desgraciada muger, no debes humillarte tanto en mi presencia. (*Algo mas sereno*) yo he prometido escucharte; que me quieres?

El Marques tendrá siempre los ojos fixos en el suelo.

Paul. Que confieses mi inocencia aprobando un proyecto que vá á sacarte de tu error.

Marq. Paulina... por Dios, no suscites memorias funestas que solo conseguirán hacer mas amarga nuestra separacion.

Paul. (*Con nobleza.*) ¿Con que persistes aun en tu opinion? ¿No quieres abandonar tus injustas sospechas? ¿Sospeché yo acaso de ti, quando en lugar de volver al cabo de seis semanas, pasaste un año en Paris? ¿Y quando se aseguraba que los asuntos

de que estabas encargado podian terminarse en quince dias, hice caso de las apariencias?.. ¡Las apariencias! Pues que! ¿Mi carácter, mis sentimientos, mi vida entera no merecen atencion alguna?... Tu eres Magistrado, respóndeme ¿Te atreverias á condenar sobre las mas fuertes apariencias al mas íntimo de los hombres? No seguramente. Y con todo ¿condenas á tu esposa, á tu amiga, á tu hermana? Mas severo mil veces que la misma ley, has extendido mi sentencia sin oir siquiera mis disculpas.

Marq. Paulina,.. no profundizemos mas este asunto... dime á lo que vienes y concluyamos. Estoy bien cierto ¡Y oxalá que no lo estuviera tanto! ¡que una alma nacida para la virtud puede desviarse: este es un hecho que merece la pública compasion. (*con rigidez*) Pero encubrir un delito con el velo de la beneficencia....

Paul. ¡Y que! ¿Tu me crees capaz de tal baxeza? Yo!.. Yo esconder un crímen baxo el aparato de la virtud! ¡Yo presentar á un esposo el fruto de un adulterio, proponerle su adopcion, y haber tramado y combinado durante un año este texido de perfidias y de imposturas!.. ¡Ay Alberto! Renunciando á la equidad, haciéndote ingrato, tu lo has perdido todo, todo, hasta las luces de tu espíritu ¿Imaginas que si yo hubiese cometido todos estos horrores, tendria la debilidad de esperar el perdon?

Marq. Si tanto te ha interesado el justificarte. Si es verdad que tanto aprecias tu opinion y la mia ¿Como siempre has rehusado entregarme tu Leocadia? Yo la hubiera abandonado enteramente, para que el mundo conociese que deshaciendote de ella, no podia interesarte su buena ó mala suerte.

Paul. Si tu designio es el de completar mi dolor y arrebatarme todo mi consuelo, nada tengo que decirte, te obedeceré; pero si me pides este sacrificio para restaurar mi opinion, dignate considerar que es absolutamente inútil; la publicidad está hecha, y el quererme separar de Leocadia, no haria mas que confirmar la calumnia, (*Va tomando el lenguage de la sensibilidad y de la ternura.*) ¡Ó Alberto!.. ¡Ó tu que hacias toda mi gloria! ¿Como puedes sospecharme sin envilecerte? Yo adoptaba todas tus opiniones, mis gustos eran los tuyos, destruida esta amable simpatia, solo encuentro en mi una espantosa nulidad. ¿Que sentimiento podrá igualar el que tenia destinado para ti? ¡Seguridad querida! ¡Sublime y deliciosa confianza! ¡Dulce encanto de la santa amistad! ¿Con que os habré perdido para siempre? ¿Es posible Alberto?... Ya no podré abrirte mas mi cora-

zon? ya no leerás mas en él? (*Llorando*) El cielo es justo; tu conocerás algun dia tu error; pero ¿Que triunfo será este para quien funda su felicidad en admirarte, y todo su orgullo en creerte incapaz de una injusticia? Esto es hecho tu acabaste de ser feliz, y yo perdi toda esperanza de consuelo.

Marq. Basta, Paulina, basta; mi pecho sufre la mas violenta opresion... no puedo mas: A Dios.. á Dios. (*Levántase*)

Paul. (*Levantándose tambien y deteniéndole.*) No; quédate; tu debes escucharme, pues que lo has prometido... Yo no he venido aqui para tener el gusto de interesar tu corazon á favor mio; sino, como te he dicho, á proponerte una idea que no puede dexar de serte interesante. Alberto, dime la verdad ¿me crees capaz de cometer un atentado?

Marq. No Paulina; conozco que el arrepentimiento está muy fixo en tu corazon.

Paul. Aunque á mi dolor, no le corresponde este título, con todo escucha: La Providencia me concede, en fin, un medio seguro de justificarme, no aprovecharme de él, seria una locura culpable é incomprehensible. Leocadia tiene cerca de trece años; todo el mundo conoce su mérito y hermosura; yo te la ofrezco para Mauricio.

Marq. ¡Para Mauricio! ¿Es esto un sueño? (*Mirándola con enojo*) ¿Paulina.....

Paul (*Decidida.*) No; no te admires; Si alguna cosa podia disminuir mi afecto, era conocerte un modo de pensar diferente del mio en esta ocasion.

Marq. (*Aparentando dulzura.*) Paulina.... en efecto: este enlace confundiria la malicia... confieso que lo presenciaria con gusto.. pero seguramente no se afectuará... ya conozco que tu harás todos los esfuerzos posibles.. pero quando todo estará conforme á vuestros deseos.... una inesperada dificultad vendrá á desvanecer nuestra esperanza... y en tal caso (*Con toda seriedad*) sí; yo te lo pregunto á ti misma ¿Que podria imaginar? ¿No adquiriria el derecho de creerme indignamente burlado sin ninguna necesidad?

Paul. ¡Infeliz! Ahora si que conozco que tu corazon me está cerrado para siempre. Esta terrible desconfianza me irrita y me confunde; pero en fin, ¿me concedes adelantar el asunto?

Marq. Sí, haz todo lo que quieras sobre este particular. Si consigues verificar este enlace, cuenta que te creeré con toda el alma inocente, pero si llega como creo algun obstáculo imprevisto, (*Con toda la seriedad posible*), yo te acreditaré que no quiero ser objeto de la risa universal. A Dios.

(*marcha por la izquierda*)

Paul. Espera, espera, Alberto; yo te prometo..... ¡Ó Dios! ¡Que aprobacion tan amarga y peligrosa! No hay remedio, es preciso apresurarlo, hablaré á Mauricio, hablaré á Leocadia, les interesaré á favor de mi inocencia, y volveré á disfrutar de la dicha que perdí.

ESCENA VIII.

(*Sale San-Merán de su aposento*)

Paulina continua. San-Merán seguidme; el tiempo es precioso, no perdamos un instante.

(*Marcha por el foro.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El Teatro muy obscuro.

Caballero solo.

Cab. Ya parece que todo queda sepultado en un profundo sueño. La quietud de la noche y la confidencia de La-France, van á facilitarte. ¡O desventurada madre! ver al fruto de tu momentaneo error: solo el Marques ha quedado leyendo en el quarto de la Biblioteca, y debe pasar precisamente por aqui; pero si no me engaño, alguno se acerca ya... ¿Es La-France?

ESCENA II.

Dicho y La-France que sale dando la mano á la Condesa de Rosmond.

La-Fr. Sí, yo soy.- Seguidme, señora mia y nada temais.

Cond. Me pongo enteramente en vuestras manos,

La-Fr. Caballero, cuidad de ella, que yo me vuelvo por lo que puede suceder.

(*marcha por el foro.*)

Cond. ¿Con que, podré conseguir mi deseo? ¿Podré contemplar á toda mi satisfaccion al amable objeto de mi eterno vilipendio?

Cab. Por mi consejo se determinó que Leocadia durmiese con Jacinta en este aposento (*Señalando el primero de la derecha*) aprovechád estos preciosos instantes... la puerta está entreabierta... Jacinta ha dexado, por precaucion, encendida la luz -- Entrad, Señora, y libráos, sin temor, á todo el afecto maternal.

Cond. (*con transporte.*) ¡Ó Corazon de Madre! ¡Verdadero portento de la naturaleza! A tí te consagro las dulces sensaciones que voy á experimentar ¡Ó suspirado instante! jamas, jamas te borrarás de mi memoria.

Cab. Yo cuidaré de avisaros si acaso os amenaza algun peligro.

(*Entra la Condesa en el quarto.*)

ESCENA III.

(*Sale La-France precipitado.*)

La-Fr. Señor, pronto retiraos; el Marques ha dexado la lectura, y parece que se dirige ácia aquí; no demos lugar á que nos halle á obscuras en el salón.

Cab. Entra conmigo en mi aposento, y no temas.

(*marcha en el segundo aposento de la derecha.*)

ESCENA IV.

(*El Marques con luz por la puerta del foro; -- El teatro por esto no se aclara.*)

Marq. (*Despues de un rato de silencio.*) En estas horas de quietud y silencio en que la naturaleza toda parece estar sumergida en el caos de la nada, es quando el gusano roedor de la conciencia introduce su terrible aguijon haciendo llegar al alma su péstifero veneno. El mísero jornalero que con el sudor de su rostro, riega el negro pan que ofrece á sus hambrientos hijos; el infeliz mendigante que confia en la compasion de sus hermanos para exîstir el dia siguiente, y hasta el esclavo que la barbárie de los hombres ha igualado á las fieras; todos en estas horas descansan con tranquilidad; el sueño hermano de la muerte se extiende desde la cueva del Solitario, hasta el trono del Emperador... pero yo... ¡Infeliz! Condenado al eterno recuerdo de mi extravio, si alguna vez cierro los ojos pagando el tributo á la naturaleza, mil espantosas imágenes, vienen á tropel á perturbar mi sosiego... Camila! Paulina! -- Todo me confunde, todo me llena de sobresalto... ¡Ó sepulcro!.. ¡Losa fria!.. Feliz término de los males de los hombres!.. el mundano te aborrece... pero el delinqüente arrepentido te desea con toda el alma.

Leocadia de dentro de su aposento. ¡Ó Dios!.. ¿Quien sois vos? Apartaos.

Condesa de dentro. No temas; soy quien desea tu mayor felicidad.

Marqués confuso. Cielos!.. ¡Que es esto!.. Que confusos acentos han llegado á mis oidos!... Yo no sé lo que me pasa... La voz del remordimiento imitando, sin duda, la de Camila viene á penetrar en el fondo de mi corazon... pero, no; no es esto una apariencia... (*Sumamente conmovido*) Yo oi distintamente hablar en el quarto de Leocadia.. lo veré, lo escudriñaré todo.. No hay remedio, yo quiero ver quien se atreve á penetrar, sin mi permiso hasta el interior del Castillo.

ESCENA V.

(*Toma la luz, y quando va á introducirse en el quarto de Leocadia, y sale repentinamente la Condesa, y dice con imperio.*)

Detente, donde vas?

Marques con un grito espantoso.) ¡O Dios! (*Dexa caer la luz, y el mismo cae desmayado en tierra.* (*Un rato de silencio.*)

Cond. He aqui el hombre que mi corazon habia elegido... he aqui el tirano de mi honor... el seductor de mi inocencia... El cielo te ha castigado como merecias, pueda de aqui en adelante perdonarte como yo deseo. (*Llamando*) Caballero, Caballero...

ESCENA VI.

Dichos y el Caballero y La-France con luz.

Cab. Señora, ¿que novedad es esta?

Cond. Socorred á D'Erneville.. una imprevista casualidad lo ha descubierto todo... os aguardo á la entrada del bosquecillo.

(*Entra por la puerta del foro.*)

Cab. Amigo Alberto... } *Corriendo á él.*
La-Fr. Querido amo.... }

Cab. Acerca la luz... apénas respira.. ayúdame á colocarle en el sofá, y llama á alguno en su socorro.

(*Lo executan y luego parte La-France por la izquierda.*)

Ya parece que va cobrando aliento... Querido D'Erneville....

Marq. (*Como fuera de sí.*) ¿Donde está?.. cielos! ¿donde me esconderé?...

Cab. Porque!..- Como!...

Marq. Sí; yo la he visto, yo la he visto... ella ha salido del sepulcro para llenarme de maldiciones.

Cab. (*disimulando.*) Pero quien?

Marq. (*Siempre del mismo modo.*) Camila... la desventurada Camila.. (*Cogiéndole con expresion la mano.*) No lo dudes; yo la he visto, yo la he oido hablar... pero si vive... ¿Que interesante motivo la conduce aquí?.. ¿Quien la ha introducido en el quarto de Leocadia?.. (*levántase.*) Pronto Caballero, ella debe estar precisamente en el castillo... acompáñame... escudriñémoslo todo... salgamos de esta terrible duda que agita mi alma y trastorna mi razon.

Cab. (*Con mucha seriedad.*) Basta, infeliz amigo! Sosiégate; ya ha llegado el terrible instante de las verdades, pero tu corazon no se halla ahora en estado de recibir nuevos golpes.. fingí ignorar tu delito.. Todo lo sé.- Mañana quando tu espíritu estará mas sosegado, se rasgará el velo fatal que cubre tus ojos, verás que la muger que se ha presentado á tu vista es la misma que seduciste en Paris, pero no aquella Camila Dercy que viste enterrar en la iglesia de San Dionisio. Todo es un arcano que prometo revelarte si tu me prometes oirlo con serenidad. Vete á descansar, y cuenta por acabadas todas tus desgracias.

Marq. ¡Ah ojala!

ESCENA VII.

Dichos, Celtás, D'Orgeval, con bata, y La-France, todos con luz.

Celt. (*aparte.*) Toma! Buen desmayo! Si La-France ha querido divertirse con nosotros.

D'Org. Querido Marques.. ya ves con quanta prontitud hemos acudido.. ¿Que es esto? ¿Te ha sucedido alguna novedad?

Cab. Señores no ha sido nada.-- Nuestro amigo encaminándose á su aposento, ha tropezado y creia haberse dañado mucho. El buen La-France movido de su zelo, os habrá dado la molestia de acudir á su socorro, pero, gracias al cielo, no se necesita.

Celt. ¿Pero á que viene tanta inquietud? Caballero aqui hay algun misterio que nos quereis ocultar, confiadnoslo, y entended que tambien somos capaces de guardar secreto.

D'Org. O, eso si; basta que esta qualidad sea desconocida de las mugeres, para apreciarla con toda el alma.- Decid, decid, ¿Que hay de nuevo?

Celt. Vaya, apuesto á que es alguna intriga de Paulina; mientras que ha vivido distante del castillo, siempre ha reynado en él la paz y tranquilidad, hoy que ha venido á habitar en él (*riendo*) con su famosa hija adoptiva; ya el Marques tropieza, y nosotros nos vemos incomodados sin necesidad.

Marq. (*Levantándose con seriedad.*) Basta. El que se atreva á decir mal de Paulina en mi presencia; no es mi amigo, ni puede merecer mi estimacion. Sígueme Caballero. (*Marcha por la izquierda.*)

Cab. (*Afectando seriedad.*) La mordacidad y la envidia pueden subsistir algun tiempo, pero quando su imperio se acaba, sus seqüaces perecen con ella.

Marcha por la izquierda.

La-Fr. (*Afectando seriedad.*) Caballeros, cuydado con meterse con Paulina, de lo contrario, aqui estoy yo. A Dios señores.

Marcha por el foro.

Celtás á D'Org. Vaya; que hemos quedado lucidos,

D'Org. Y hasta el bribon del criado se ha divertido con nosotros! mañana por la mañana tomo mi caballo y me alejo de Erneville para siempre.

Celt. Lo mismo haré yo ridiculizando por todo el mundo esta aventura. Á la una y media de la noche ¡Despues de tantos años de separacion tropezar un marido, y defender á la que habia llenado tantas veces de injurias!.. Amigo, la cuenta es clara... El rígido Marques.. (*riendo.*) Bueno! Cumplamos nuestro gusto, como dice el otro, y diga despues el mundo lo que quisiere. (*riendo.*)

D'Org. Esto es un verdadero agravio á nuestro sexô, es autorizar que las mugeres se diviertan con nuestra opinion. No señor, si han delinquido que mueran, asi queda el hombre tranquilo en su honor y libre de incomodidades.

Celt. ¿Y ahora que hemos de hacer?

D'Org. Retirarnos y no responder aunque nos cayga la casa encima. ¡Ah mugeres! Si yo fuera vuestro juez, la pena de muerte seria mi sentencia favorita.

Marcha por la izquierda.

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Marques solo.

Marq. Por fin estoy desembarazado de Celtás y D'Orgeval, su presencia empezaba á incomodarme: pero el secreto que prometió declararme mi amigo me tiene en una continua agitacion.-- Las siete.-- (*Sacando el relox.*) Dentro media hora voy á salir de este misterio de que pende el destino de mi vida... ¡media hora!. no, yo no puedo aguardarla. (*llamando.*) La-France.

ESCENA II.

Dicho, y La-France.

La-Fr. Señor.

Marq. Di á la Marquesa de mi parte que permita venir á Leocadia sola, por un instante.

La-Fr. (*partiendo.*) ¡Quan pensativo está! No es el caso para ménos. *Marcha por la primera puerta da la izquierda.*

Marq. Puede que esté ya prevenida, pero la inocencia no está acostumbrada al disimulo, y será muy fácil averiguar la verdad.

ESCENA III.

Dicho y Leocadia que se presenta algo temerosa.

Marq. (*observándola.*) ¡Quanto ha crecido en pocos dias! (*Con dulzura.*) Venid adelante, querida Leocadia, no temais. Sin duda os habran pintado el Marques de Erneville como un hombre taciturno y feroz, pero sabed que nadie hay en el mundo que mas os compadezca y desee mas vivamente vuestra felicidad.

Leoc. (*Corriendo á besarle la mano.*) Señor; vuestra bondad se me habia ya pintado como incomparable y divina pero la presente acogida la hace mas recomendable á mis ojos.

Marq. Por vuestra modestia y discrecion, conozco que las dicipulas de Paulina no pueden dexar de ser corteses é interesantes.

Leoc. (*Con prontitud.*) Ó! eso sí; mi mamá es tan buena!.. tan cariñosa!. me quiere tanto! Parece imposible que se vea despreciada de su querido esposo.

Marq. ¡Vuestra mamá!.. ¿Como la tratais así, perdonad que os diga que sois injusta Señorita. Este precioso título solo debeis franquearlo á aquella que aprovechando el silencio de la noche, os hace disfrutar de las maternales caricias... Que! ¿Os turbais Señorita?.. Mirad que no puedo engañarme. Sé que lo habeis confiado todo á Paulina y al Caballero San-Merán; no creo que merezca ser excluido de igual confianza.

Leoc. con sencillez. Ó eso nó; tambien os lo diré todo, todo, con tal que me prometais no tratar con tanto rigor á mi pobre mamá.. ¡Pobrecita! Si vieseis como llora cada vez que se trata de su querido Alberto... Ó! os aprecia mucho, mucho...

Marq. Basta, haré por ella quanto pueda sin ofender al decoro.

Leoc. Pues escuchad: no estaba to-

davia bien rendida al sueño, quando repentinamente observo que me aprietan con fervor la mano. Un beso se imprime sobre mis mexillas, y siento caer sobre mi desnudo pecho algunas lágrimas. Abro los ojos y viendo á una persona desconocida exclamo: "¡Ó Dios! ¿Quien sois vos? Apartáos." Tranquilízate me responde, soy quien desea tu mayor felicidad." Se acerca y observo la hermosura mas perfecta que he visto en mi vida; yo no me saciaba de mirarla, me abraza de nuevo, y parte corriendo, dexándome en el dedo este anillo. Miradle. (*Se lo dá.*)

Marq. observándolo con sobresalto. Parece de oro esmaltado de verde. "Amor maternal" dice; y en lo interior están escritos dos nombres que no parecen formar mas que uno. "Paulina y Camila."

Leoc. De esta suerte mi incógnita madre ha reunido dos sentimientos que yo no puedo separar y que llenan mi corazon sin dividirle. ¡Tan iguales son!

Marq. (*devolviendo el anillo confuso dice aparte.*) "Paulina y Camila." Todo esto es maravilloso, todo está fuera de la humana comprehension. (*alto.*) ¿Y conoceriais vos á esta interesante persona, si se os presentase su retrato?

Leoc. La tengo tan impresa en la memoria que me atreveré á deciros que si.

Marq. sacando el retrato. ¿Es esta?

Leoc. con transporte. En efecto ella es; sus ojos, su fisonomía, todo es lo mismo.

ESCENA IV.

Mientras Leocadia dá muchos besos al retrato, sale el Caballero precipitado, se le quita, le entrega al Marques y dice con serenidad.

Caba. Toma Alberto. - Estoy pronto á cumplirte mi palabra. Sentaos, y esperad.

(*Siéntanse el Marques y Leocadia.*)

Marq. aparte. ¡Cielos! mi corazon late y no comprehendo el motivo.

Cab. (*encaminándose á la primera puerta de la izquierda.*) Salid hermosa y desgraciada muger, salid á recibir el premio que merece vuestra constancia, y preparaos al triunfo mas brillante y completo.

Marq. aparte. Paulina! Yo no se lo que me pasa.

ESCENA V.

Dichos y Paulina que se presenta con ayre abatido.

Cab. Ya está aqui la inocente perseguida, blanco de la calumnia y obgeto de la compasion universal.

Marq. con prontitud. ¿Que dices? habla....

Cab. Sosiégate, y hazle todos los cargos que puedan imaginar tus infundados zelos - Pero no; comprehendo que esto seria muy duro para tí. Yo me constituyo en este instante su fiscal y su abogado. (*Todos se habrán sentado.*) Primeramente, tu la acusas de haber combinado con el Duque de Rosmond una aventura que pudiese introducirle en el castillo durante tu ausencia, y franquearles las oca-

siones que supones solicitaban. Paulina te responde á esto por mi medio, manifestándote una carta que una persona respetable acaba de poner en mis manos; léela y desengáñate.

Marq. lee. „Al Marques de Poliñi.
„ Bosque de Erneville 24 de Di-
„ ciembre : Amigo mio, nada he
„ podido conseguir; me introduxe
„ en el castillo por el medio que
„ te insinuaba en mi anterior, pero
„ Paulina muger virtuosa y res-
„ petable no es susceptible á la
„ seduccion. En su pecho solo están
„ gravados la piedad y el amor de
„ su esposo; me ha tratado con
„ todos los respetos que se deben
„ á mi elevada clase, pero asi
„ como la luz disipa las tinieblas,
„ como la verdad desvanece el er-
„ ror, su virtud sublime purifica to-
„ do lo que la rodea. Léjos de con-
„ fiar en su conquista, me separo
„ de ella, avergonzándome de mis
„ infames proyectos. Á Dios ami-
„ go mio, volaré á tus brazos pa-
„ ra disipar mi melancolía."

„El Duque de Rosmond."

Pero esta prueba. . . .

Cab. Calla, tu la acusas de que habiéndote escrito la mas amorosa carta que recibiste de su mano, manifestándote deseos de ver á Paris, y habiéndola tu otorgado el permiso señalándole tu morada en el arrabal de San-German se encaminase á la fonda de la Estrella. Á esto la Marquesa te responde suplicándote que escuches con moderacion las voces de un anciano que puede declarar algo sobre el particular. Salid buen hombre, no temais, yo me encargo de vuestro perdon.

(*Se habrá dirigido el Caballero al segundo aposento de la derecha.*

ESCENA VI.

Dichos y Le-Mere que sale precipitado y va á echarse á los pies del Marques.

Le-Mere. Señor Piedad. . . . .

Marq. Que veo!.. Tu Le-Mere!.. ¿Que quieres? ¿De donde vienes?... ¿Donde has estado hasta ahora?. Habla.

Le-Mere. Señor piedad repito. Soy delinqüente, lo confieso, merezco el mas severo castigo, pero reconozco mi culpa, y no me levantaré de vuestras plantas hasta que me hayais mirado con ojos de compasion.

Marq. Levántate, infeliz! ¿Que es lo que tienes que decirme?

Le-Mere. Señor seducido por el oro contribuí á vuestra desgracia separándoos de la virtuosa Paulina.. Señora, dexad que imprima mil besos sobre esta mano bienhechora alivio de los infelices; yo la riego con lágrimas de arrepentimiento, y os juro sobre ella que practicaré hasta el último instante de mi vida aquella virtud que abandoné y á la qual se debe la paz del alma y el sentimiento lisonjero de una conciencia irreprehensible.

Paul. Buen hombre, yo os perdono, pero informad al Marques de este terrible suceso.

Le-Mere al Marques. Si Señor, una

persona respetable que pronto conocereis, me ofreció considerables sumas si conseguia que Paulina al llegar á Paris, se encaminase á la fonda de la Estrella. Yo rendido ya al interes, salí de la ciudad el mismo dia de su llegada que supe por vos; la dixe que habiais tenido que pasar á Fontenebleau por ocho dias y que yo mismo como criado vuestro tenia órden de esperaros en la fonda de la Estrella y no en la del arrabal de San-German que ya habiais abandonado. La Marquesa que conocia mi carácter y qué estaba bien léjos de pensar que yo albergase en mi pecho una infame pasion, creyó fácilmente mis palabras, variamos el camino para no ser sorprehendidos por vos en caso que hubieseis salido á recibirla, y la Marquesa se halló en la fonda de la Estrella esperando vuestro fingido retorno.

Cab. Aqui sucedieron aquellas puerilidades que tanto te irritaron. Paulina efectivamente halló dentro de un armario á la misteriosa Leocadia; un papel de su incógnita madre le suplicaba su adopcion, Paulina la aceptó, pero esto paraque tu lo creas debe ser autorizado con muy irrefragables pruebas, pues del contrario no lograríamos desvanecer esa duda causa de vuestra separacion. (*Á Leocadia.*) Ven á mis brazos, fruto infeliz de una union culpable, tu conocerás los respetables mortales que te han dado el ser y conociéndolos no te separarás de aquella honrada muger á quien debes la exîstencia. Marques, tu agitacion es muy natural, te compadezco, pero tu eres el autor de tantos males. Sufre un momento por lo que has hecho sufrir á tu desventurada Esposa...

Marq. Yo....

Caballero con mucha fuerza. Tu; sí. Acuérdate de tus delitos. La misteriosa Leocadia, esta niña inocente que suponias hija del Duque de Rosmond y de Paulina.... extremécete,.. es hija tuya.

Paulina se habrá levantado de la silla con admiracion. Leocadia se habrá echado á los pies del Marques, y este con sobresalto y convulsion la mira indeciso sin hacer expresion alguna de ternura.

Marques. ¡Mi hija!...
Paulina. ¡Su hija!..
Leocadia. ¡Mi padre! } *los tres á un tiempo.*

ESCENA VII.

(*Durante el silencio hijo de la admiracion, sale la Condesa del aposento de San-Merán es decir del segundo de la derecha, su vestido será negro y traerá el rostro cubierto con un velo blanco, se adelanta gravemente, y quando está en lugar proporcionado dice.*)

Cond. Sí; ya ha llegado el tiempo de justificar la inocencia. Me es imposible hacerlo sin descubrir dos extravios; Yo sabré expiar el uno, y la felicidad de la virtuosa Paulina reparará el otro. Sabedlo todos. El padre de Leocadia es el Marques de Ernevi-

lle, su madre... La Condesa de Rosmond. (*Á estas últimas palabras se quita el velo, el Marques se cubre el rostro y se arroja en una silla, Leocadia corre á la Condesa, diciendo.*

Leoc. Madre... madre mia....

Cond. Si ven á mis brazos; paguemos ámbas el tributo á la naturaleza, mezclando las lágrimas de tu ternura con las de mi arrepentimiento. ¡Perdon, perdon; Ó admirable y prodigiosa muger!... (*A Paulina*) Yo he sido la que por un acto de venganza, sembré la discordia en el seno de vuestra familia.... Oidme, oidme todos y queden para siempre desvanecidas estas dudas que á todos os tienen suspensos.- Le-Mere este antiguo criado vuestro es hijo de Paris, y por desgracia su hermana Carlota fué mi ama de leche. Esta se grangeó la confianza de mi tia la Duquesa de Rosmond, baxo cuya custodia vivia yo entonces, y asi quasi todas las semanas se me concedia una hora para visitarla: uno de estos dias infelices encontré en casa de Carlota al señor Marques de Erneville que seguramente se hallaria alli por algun asunto de su criado. La dulzura y expresion de su fisonomía, y mil gracias esparcidas sobre su persona cautiváron desde entonces mi corazon, y el Marques por su parte me miraba con tan tierno interes que ya no podia dudar de la conquista que acababan de hacer mis ojos. ¿Quien habia de presumir entonces que el lazo indisoluble le uniese á otra muger tan virtuosa y amable? Falso el Marques, y lleno de ideas nada propias de su estado, apénas hube salido de la casa de Carlota se informó de mi clase y estado, pero Carlota penetrando tal vez sus pérfidas idéas, solo le dixo que me llamaba Camila; en efecto asi me llamo. Encareció entonces mi hermosura, derramó el oro, y á fuerza de porfias alcanzó de aquella desgraciada gente que se le avisasen los dias que yo deberia volver, y que se le diese en mi presencia, el nombre de Enrique de Elvás jóven soltero natural de Borgoña. Cumpliéronlo aquellos infelices, y de esta suerte me arrastráron al precipicio en que me veo. El trato freqüente, la ocasion.. todo se reunió para perderme, y un instante desgraciado me hizo madre.... Permitid que mis lágrimas ahoguen mis palabras.... Paulina está presente y el fingido Enrique devorado de un profundo remordimiento lo escucha y tiembla... Por fin abrí los ojos demasiado tarde;.. supe quien era mi seductor, le llené de maldiciones, y ocultándole el estado en que me habia puesto su delito, formé el bárbaro proyecto de vengarme en él y en su inocente familia. Hice á Le-Mere y á su hermana de mi parte, escribí varias cartas al Marques siempre baxo el nombre de Camila Dercy, prima de San-Merán ya que por fortuna y por efecto de respeto á mi ilustre familia, Carlota no le descubrió mi verdadero estado. Paulina vino á Paris; todo lo su-

pe; hice que se dirigiese á la fonda de la Estrella; y por medio de una idea romancesca logré colocar en la casa del Marques, la hija de su dueño y de mi extravío. ¡Quanto me complacia al haber sembrado por este medio su infelicidad! El bárbaro placer de la venganza ahogaba en mi corazon los gritos de la naturaleza que clamaban á favor de Paulina, pero San-Merán (de cuya esposa me valí para favorecerme en mi desgracia) me presentó todo el horror de un enlace de dos hermanos y me obligó á hablar. Dos casualidades se reunieron para esta ficcion, la primera el haber intentado mi hermano seducir á Paulina durante la ausencia del Marques, la segunda el haber muerto quatro años hace Camila Dercy, prima de San-Merán cuyo nombre usurpé, de suerte que el Marques juzgándome en la sepultura, estaba bien léjos de creer que habia ofendido la hermana de su rival. Ved aquí, pues, como la profunda sensibilidad puede hacer cometer un crímen asi como puede inspirar una accion heroyca. Adoré la virtud, pero fué necesario un delito para conocer toda su belleza. Perdí la inocencia. ¿Y que corazon nacido para ella puede consolarse de haberla olvidado, aunque no sea, mas que un solo instante - Sí; de un solo instante fué el delito, pero eterno será el dolor y el arrepentimiento.

Marq. (*echándose á los pies de Paulina con voz ahogada.*) ¡Ó muger incomparable! yo debo pasar mi vida á tus pies, tu debes rechazarme léjos de tí.... ya no me queda mas recurso que la desesperacion y la muerte.

Paul. Levanta, levanta querido Alberto á mis brazos. Si estás satisfecho de mi conducta, yo soy la mas dichosa del universo.

Leoc. á Paulina. Querida mamá, mi corazon de aqui en adelante dividido entre dos obgetos tan apreciables, ofrecerá votos al cielo para la felicidad de entrambos. Por la terneza que os he merecido, y por las lágrimas que derramo, dignaos perdonar generosamente á la Condesa de Rosmond mi respetable madre.

Paul. Si es verdad que el arrepentimiento borra hasta la menor sombra de delito, yo solo veo en la Condesa de Rosmond mi generosa libertadora. Abrazadme, y olvidemos enteramente lo pasado.

(*Abrazanse las dos.*)

Cond. Ya he logrado mi designio, he restablecido la paz en el seno de esta virtuosa familia, he confundido la malicia de los envidiosos; ahora solo me queda merecer el perdon universal. Mañana sin falta alguna, parto á sepultarme para siempre en el claustro de Dijon. (*Todos se admiran.*) No, no hay que replicarme. Lo he resuelto y es preciso. (*Con mucha ternura abrazando á Leocadia.*) A Dios, tierno pedazo de mi corazon, procura seguir siempre las pisadas de tu virtuosa mamá. (*Señalando á Paulina.*) Ella es quien te ha dado el ser, plantando en tu alma inocente las primeras semillas de la virtud. (*A Paulina.*) Y vos, ¡ó admirable y prodigiosa muger! permitid que regando vuestras plantas, os confie de nuevo este precioso depósito que por tantos títulos debe interesaros, abrazadme y conservad siempre la memoria de la infelîz Condesa de Rosmond. Virtuoso San-Merán vos que me habeis inspirado este proyecto presentándome todo el horror del enlace de Mauricio con Leocadia. A Dios para siempre,.. y vos.... señor Marques de Erneville..... (*con los ojos fixos en el suelo.*) que veo oprimido por el mas cruel remordimiento... yo os perdono de todo mi corazon.. solamente os suplico que si quereis obligarme.... pidais continuamente perdon á Paulina... del agravio que la hicimos.... Basta.... no puedo mas... las lágrimas me impiden la respiracion,.. A Dios. (*Abrazando á Leocadia.*) A Dios. (*Abrazando á Paulina.*) (*Hace algunos pasos, vuelve á mirar á Leocadia y corre á abrazarla de nuevo.*) A Dios.

(*Marcha por el foro.*)

Marq. Seguidla.... detenedla.

Cab. Yo os lo prohibo; el cielo volvió por la inocencia, y ya nada os queda que desear.

Marq. Paulina!...

Paul. ¡Querido Alberto!....

(*Abrazánse, y cae el telon.*

Barcelona: En la imprenta de Agustin Roca, año de 1815.